

PARA UN MANUAL DE SUPERVIVENCIA, 1

Juan A. Méndez

Cuando, relleno de agua salada eres arrojado entre tus harapos a tierra firme, sin amainar aun los temblores y calambres —que no son sino vestigios de tu propia tormenta—, cuando apenas si has escupido entre arcadas la arena y los sapos de la entrelengua, antes, incluso, de ordenar la respiración, iluminar los recuerdos o deshacerte de la última pesadilla, antes, digo, de todo eso, es muy posible que ya tengas a alguien junto a ti que, llegado con ventaja a la misma playa y en las mismas condiciones, te intente vender un crecepelo o un condón.

Por señas te explicará (insinuación ambigua, a medias oferta y amenaza) que, a cambio, no quiere más que la caricia y el agradecimiento del recién llegado.

* * *

... porque aquí estamos todos un poco locos.

En principio parece una fórmula cortés con la que se nos invita a no estar excesivamente prevenidos contra nuestras propias excentricidades, a no asustarnos de nuestra roma consciencia; se nos comunica de antemano comprensión para con aquéllas y también por anticipado gozamos de perdón todavía no requerido; conlleva, además, la dichosa fórmula una velada invitación a perder la compostura si hace falta, es decir, si cuadra, para profundizar así —algo liberado de convencionalismos, cordial con el desconocido, homologado entre las ruinas de una comunidad de piojosos— con nuestras nuevas amistades.

¿Quién da más?

Estamos un poco locos y, además, todos.

* * *

[Aquí la palabra **todos** ya debe o puede herirte como un fogonazo o como el silencio de una multitud que reúne los últimos latigazos de una cólera indigesta. Pero no debe ni puede distraerte. No está ahí lo importante.]

* * *

... un **poco** locos.

También aquí te están dando rata de agua por gato. Porque tú, que vienes de haber seguido duros cursos de insolencia con los mejores maestros, te sientes inmediatamente tentado a iniciar una polémica (que sabes ganada de antemano, dada tu experiencia en estos ejercicios de retórica) sobre la coerción agazapada en el poco de un poco locos. ¿Por qué un **poco** locos? ¿Por qué no —te dispararás como un novato— **muy** locos? ¿Por qué no —ay, ya te estoy viendo metido en una corriente que sólo a la nada lleva— por qué no, digo, **bastante** locos? ¿Y si yo quisiera, por ejemplo —era de suponer, tal como empezaste, que sólo el fango creado por tu propio orín y el polvo ambiente podría hacerte embarrancar en el camino hacia la prevista nada—, si quisiera, repito, por ejemplo, estar entre **bastante** y **acusadamente** loco, sin llegar a **muy**? ¿Eh, qué passaría?

Ya has picado.

* * *

Frío el corazón e incandescente el cerebro. Ama con él y con él disfruta. Porque si te has dejado engatusar con los aspectos cuantitativos de la locura, hará falta, entonces, que ventiles tus vísceras (no tu cerebro), pues en ellas anida la soberbia que te impide el acceso al noble estado de la mala leche.

Y puesto que hacia allá nos dirigimos, aprendamos a administrarla bien, porque como la felicidad y la energía, la mala leche del mundo es finita.

* * *

Lo que verdaderamente importa no es el **grado** de la locura, sino su **dirección**.

Lo importante no es saber si uno es un loco de grado 3 ó 23, sino saber **hacia** dónde le lleva a uno su locura.

Habló de esto, ya hace muchos años, David Cooper, en un delicioso trabajo sobre la disidencia. (Como es natural, el libro fue escrito antes de que nos echaran de la chalupa por falta de raciones. De modo que cito de memoria, ya que allí mismo, en la chalupa, los libros fueron ordenadamente quemados por un detective de apellido gallego para asar las gaviotas, pájaro por lo demás sucio y chillón cuya carne, a pesar del fino tratamiento coquinario, seguía sabiendo a pescado y a petróleo.)

Veo y podrás ver, si miras, a alguien refugiado en alguna parte de su propio cerebro-laberinto; hecho fuerte contra todo lo que le sobrepasa. Escupiendo desde ese refugio blasfemias y en él esperando ya, como en un nicho anticipado en cuya construcción el mismo blasfemo participa, el gran silencio que vive en vida. Se trata de una disidencia inconformista, de alcance político en la medida en que es radical. Se trata de la locura de quien, vete tú a saber por qué, no encajó con nadie y en ningún sitio y buscó en su cerebro la fuerza de resistencia a la norma que la ley y la costumbre, es decir, el derecho a secas, le negaban. La víctima se hace así carne (como el Verbo) en el psiquiátrico o en el Gulag.

Sin exagerar, uno puede llegar a ser solidario con esa locura. Sin exagerar.

* * *

Pero está **la otra** dirección. La locura que no es resistencia a norma ninguna, sino caricatura sólo de lo más opresivo y coercitivo de la norma. Existe quien se refugia en la locura no en un gesto de resistencia, sino para darse el gustazo de llevar a las últimas consecuencias lo que el estricto respeto a la norma quizá le impediría: Cooper lo llamaba hipernormalidad.

Quien accede a ella no lo hace en busca de la soledad, el silencio o la fuerza para la provocación y el sarcasmo, sino para no verse a sí mismo en la práctica de un onanismo que inexplicablemente —quiero decir que es para lo que menos razones habría— le avergüenza; accede a ella en busca de los reductos rentables de su individualismo, de la justificación de su insolidaridad, del respeto a las no escritas leyes del mercado; la rigidez, la obediencia y la dureza del esbirro, el mercenario y el fanático.

Se trata de los mercaderes, los torturadores y los francotiradores de tejado.

Tres pies del mismo gato, tres patas del mismo banco. Tres caras de la misma moneda.

* * *

La pasión es un bien escaso. Compón el gesto como para una foto de carnet y pregunta tú a tu vez: Sí, un poco locos, sí. Vale, pero ¿de cuáles?